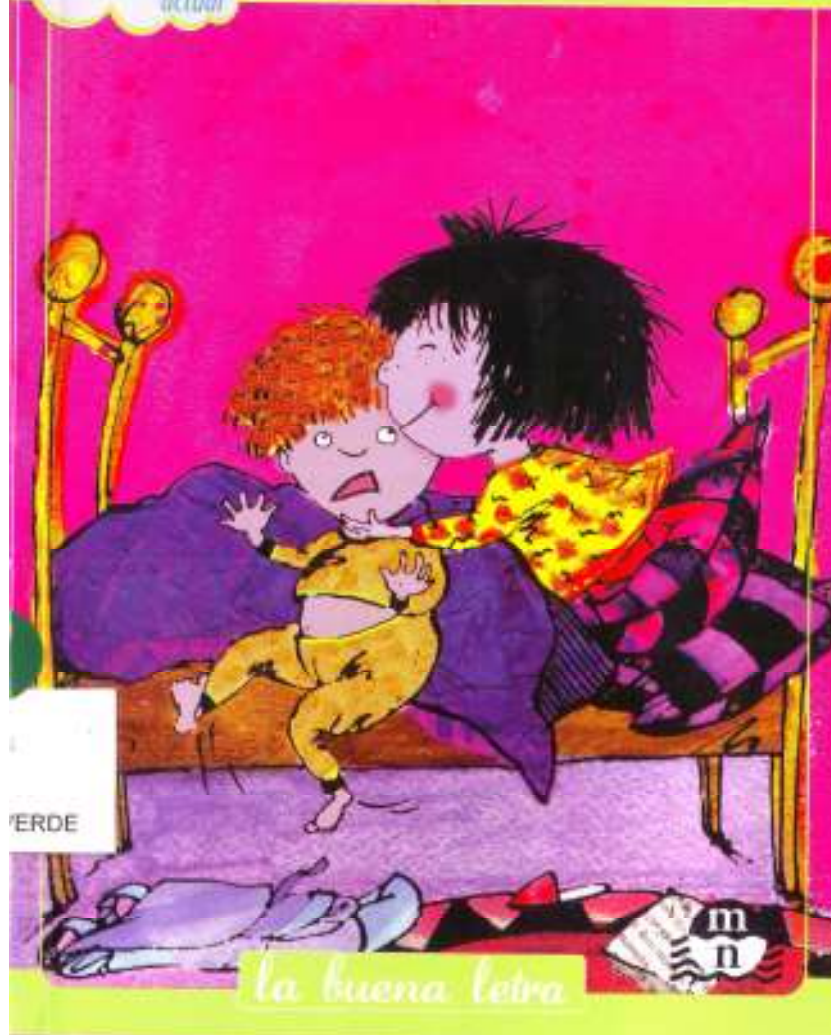


¡Sofía, basta ya!

LOUISE LEBLANC
Ilustraciones de Marie-Louise Gay

Literatura
actual



SERIE SOFÍA

¡SOFÍA, BASTA YA!

LOUISE LEBLANC

Ilustraciones de Marie-Louise Gay

Traducción
Francisco Moreno

Colección

la buena letra



Colección La buena letra

Creada y dirigida por Juan Arribas

Dirección editorial: Gloria Páez

Editores: Ismael Bermúdez

Jaime Ferrer

Ilustraciones: Marie-Louise Gay

Portada de colección: diseño i punto

Título original: *Ça suffit, Sophie!*

© 2002 Les éditions de la courbe échelle inc.

© 2005 Mare Nostrum Comunicación, S.A.

Editorial Mare Nostrum Ltda.

Avda. Los Leones 840, Providencia, Santiago, Chile

Teléfono: 233 5101

Fax: 234 4869

E-mail: promocion@editorialmarenostrum.cl

Primera edición: 2005

Primera reimpresión: enero de 2007

Nº de inscripción: 149.207

ISBN: 84 96391 25 6

La presentación y disposición de la obra son propiedad del editor. Reservados todos los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de los titulares de los derechos.

Estos somos nosotros...



Sofia: es (o debería ser) la sensata hermana mayor que *dá el ejemplo* a sus hermanos: Luis, de 7 años; Julián, de 5 y "Cosamaslinda", de apenas 2 añitos. En opinión de Sofia, sus padres son extremadamente maniáticos y eso la tiene harta. Por eso ha urdido un plan y está dispuesta a llevarlo a cabo.

El padre: hay pocos que sean más testarudos que él, según Sofia. Es un maniático del orden y de hablar correctamente.



La madre: habla como un avión supersónico. Tiene frases que las repite constantemente y una de ellas, su preferida, sin dudas, es "¡Sofia, basta ya!" Es una maniática de la limpieza y de la buena alimentación.

1

Sofía está harta

—¡Sofía, basta ya!

Eso es lo que todo el mundo me dice en esta casa.

¿Y sabéis cuántos somos?

Seis. Somos seis. Dos padres y cuatro hijos. Así que haceos una idea.

Es así de simple. Cuando vamos todos por la calle, tengo la impresión de estar aún en el colegio: parecemos una clase, uno detrás de otro. ¡A veces me da vergüenza!



Lo peor de todo es que soy la mayor. La sensata hermana mayor que debe dar ejemplo a los demás.

Dar ejemplo a Luis, que tiene siete años y un carácter imposible.

Dar ejemplo a Julián, que tiene cinco años y lleva gafas. Ha pillado la manía de decir «¿Te cuento el cuento de Blancanitos y los siete enanieves?», y todo el mundo se parte de risa al oírlo.

Y dar ejemplo, por último, a la más pequeña, de dos años, a la que yo llamo «Cosamaslinda», porque eso es lo que dicen todos los mayores cuando la ven. Cualquiera diría que es la octava maravilla del mundo.

En cuanto a los adultos, la familia también es de cuidado.

Mi padre es un maniático del orden y de hablar correctamente. Y está convencido de que siempre tiene razón.

Mi madre es una maniática de la limpieza y de la buena alimentación. Y siempre tiene que estar haciendo algo.

Es así de simple: cuando me habla, sus palabras pasan por encima de mí a la velocidad de un avión supersónico. La única frase que siempre cae sobre mi cabeza, como si fuera un aplastante peñazo, es:

—¡Sofía, basta ya!

Basta ya de comer galletas, basta ya de tanto desorden, basta ya de ver televisión. Basta ya de esto, basta ya de aquello. ¡Uf!

Mi madre también tiene otras dos palabras-peñazo de lo más cargantes son: SUBE y BAJA.

—Baja a ver qué está haciendo tu hermana (es decir, «Cosamaslinda»).

—Sube a ordenar las cosas de tu habitación.

—Baja del árbol.

—Sube a acostarte.

Por cierto, esta última frase debe estar por decirla, pues ya son las ocho.

—Sofía, sube a acostarte. ¡Basta ya de televisión!

¿Qué os estaba diciendo? ¡Pues esto no es nada!

El otro día yo estaba con mi mejor amiga, muy tranquilas las dos, hablando de cosas importantes, cuando llegaron las tres criaturitas.

Dos minutos más tarde, Luis y Julián estaban chillando, y «Cosamaslinda» lloraba. Vino entonces mi padre y con su vozarrón, me dijo:

—¡Sofía, basta ya!

¡Era verdaderamente INJUSTO!

Me puse roja de vergüenza y de rabia. Y dentro de mí, respondí:

—¡Pues sí, basta ya! ¡Ya he tenido bastante!

Y fue en ese momento cuando decidí marcharme. Ya no puedo más. A mis nueve años soy demasiado joven para ser la más vieja.

2 **Sofía se queda despierta**

Para irse de casa es necesario un buen plan. Yo tengo uno, y muy bien pensado.

Lo único en lo que no había pensado es que necesito quedarme despierta mucho rato. Hasta que mis padres suban a acostarse.

En este momento estoy oyendo cómo escuchan las noticias de la televisión.

También oigo la lavadora, que le está gruñendo a la ropa sucia. La ropa sucia y yo somos las que más gruñidos recibimos en esta casa.

Luego, cómo no, está el reloj del abuelo de mi abuela que da las horas. De cuando en cuando olvida una o dos campanadas, como si le fallaran las fuerzas o la memoria. Igual que le pasa a la abuela, a veces. Pero no hay problema. Para saber la hora sólo tengo que mirar mi reloj de pulsera.

Ahora son las veintidós horas. Y si no quiero dormirme, lo mejor es que os siga hablando.

Por suerte también está Obélix. Me refiero a mi despertador con forma de Obélix y la panza luminosa. Cuando me despierto a medianoche, él se encarga de ahuyentar mis pesadillas con sus destellos brillantes y hace que me sienta otra vez en mi habitación.

Me gusta mi habitación porque es para mí sola. Bueno, lo es por la noche. Porque durante el día parece un chiringuito.



Aquí vienen todos a revolver en mis cosas. A Luis le da por cambiar de sitio mis muñecas, aunque a mí eso me da igual. Julián tiene la manía de intentar asustarme. Se esconde debajo de la sábana y de pronto da un salto pegando gritos. A mí no me da ningún miedo. Además, como siempre se le caen las gafas, ya sé que no es un fantasma.

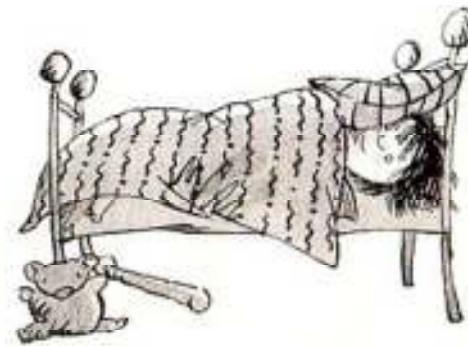
Por otra parte, yo no soy demasiado miedosa. Si decides irte de casa no puedes ser muy gallina, ¿no os parece?

¡Hey! Acabo de oír un crujido en la escalera. Por fin mis padres suben a acostarse. Voy a fingir que estoy dormida.

¡Fiu! Acaban de pasar delante de mi cuarto. No se han dado cuenta de que hoy la niña no está «dormida como un angelito». Eso es lo que me dicen todavía, a mis nueve años. ¿Os dais cuenta?

«Dormida como un angelito». Si ellos supieran... El «angelito» esta noche va a estar de guardia.

Para más seguridad, antes de bajar voy a continuar un rato fingiendo que duermo... sólo un rato... unos... pocos... mi...nu...tos...



3 Sofía reúne sus provisiones

¡Allá voy! La casa está como muerta. Sólo se le oye a Luis, que rechina sus dientes. Hasta en sueños es temible.

Es conveniente que no haga el menor ruido al bajar la escalera. Me agunto la respiración y trato de hacerme muy ligera.

Lo cual no sirve de nada, porque cada vez que pongo un pie, al escalón le da por lanzar un tremendo ¡CRAAC!



Nunca me había movido con tanto cuidado, pero es que el silencio total es algo verdaderamente impresionante.

Por fin llego a la alfombra del salón. ¡Qué cálida y suave es! ¡Y qué oscuro está todo!

¡BRRR! Los baldosines de la cocina. Es como si pisara el agua helada de un arroyo. Y aquí todavía está más oscuro.

No puedo ni pensar en encender la luz. Mi madre duerme con un solo ojo. Y el ojo que se queda despierto es el más atento.

Voy a descorrer las cortinas. ¡Fiu! Ahí está la luna. En plena forma. Es mejor que una linterna. Otra cosa en la cual yo no había pensado.

Afortunadamente, hay suficiente claridad para que pueda llenar mi mochila de provisiones.

¿Que debería llevarme?

—¡UNA BUENA ALIMENTACIÓN!



¡Fiu! Me ha parecido oír a mi madre detrás de mí. Pero sólo eran imaginaciones mías. No hay nadie. A pesar de eso, de pronto empiezo a sentirme a disgusto. Tengo que decidirme ya.

Unas tabletas de cereales, una caja de pasas, pan de molde. Y también un plátano y dos manzanas.

Creo que no es bastante. Aunque no sé cuál va a ser mi futuro, me parece que esto no es suficiente. Esta vez tengo que pensar en todo.

He llenado una bolsa con galletas de chocolate y otra con patatas fritas onduladas.

Tomo algunas y las engullo casi sin masticar. Mi corazón comienza a agitarse dentro del pecho como un cantante de rock: ¡BABALÚ BONG BONG BONG!

Un jaleo que se junta con el ¡CRUNCH, CRUNCH, CRUNCH! de las patatas.

Es la primera vez que me encuentro sola, en plena noche, en una casa sin vida. No pensaba que esto pudiera trastornarme tanto.

Hasta tal punto que había olvidado los terrones de azúcar. El elemento más importante para el éxito de mi plan.

¡Cielos! No hay ni rastro de terrones de azúcar. ¡Da igual! En su lugar agarro una cajita de sacarina.

¡Ahora tengo que darme prisa y subir ya!

He olvidado la prudencia y subo la escalera a toda pastilla.

¡CRAC! ¡CRAC! ¡CRAC!

Tiro la mochila a un lado de la cama.

¡CRUNCH! ¡CRUNCH!

Y desaparezco debajo de las sábanas.

¡FIU!

4 Sofía está rabiosa

Al abrir los ojos, lo primero que veo es mi mochila llena a reventar. En seguida recuerdo que hoy me voy de casa.

Mi corazón de rockero se pone a tocar la batería.

Hago lo posible por no escucharlo. Tengo buenas razones para irme. Aquí soy muy desgraciada.

Por otra parte, tengo un buen plan. Lo único que debo hacer es seguirlo. No resulta complicado.

Después me convertiré en una heroína y todo el mundo me echará de menos.

Lo primero, abrigarme bien: dos camisetas, tres pantalones y mi abrigo.

Mi abuela lo dice a menudo: «nunca puede saberse el tiempo que va a hacer».

Cuando salgo a esperar el autobús escolar, veo un cielo cubierto de nubes. ¡BRRR! No es muy tranquilizador que digamos.

Quizá hoy no sea el mejor día para irse de casa. Y quizá mi madre me lo va a impedir.

De momento, veo que viene a buscarme. Se habrá extrañado de que no estuviera con los demás en la cocina. Y ahora, me va a ver y se va a dar cuenta de que...

—Parece que todavía estás dormida. Toma al menos esta manzana. Hay que comer algo al levantarse.

Mi madre no ve nada raro. Y eso que mi mochila y yo hemos engordado de lo lindo. Parecemos dos Obélix.

No salgo de mi asombro. Estoy que rabio contra la ciega de mi madre, que no hace más que darme consejos. ¡Y una manzana!

¡Pues esto es lo que hago con la manzana! ¡Tirlarla con todas mis fuerzas!

Realmente no tengo suerte. Porque el autobús escolar llega en este momento. Y la manzana va a estamparse contra el parabrisas, delante justo de la «Sumáker».

La «Sumáker» es la conductora. Lleva sus cabellos rojos peinados con tirabuzones que parecen las espirales encendidas de una tostadora. Y tiene grandes ojos de cierva, que en este momento son aún más grandes, a causa de la manzana-sorpresa.

Un poco avergonzada, entro en el autobús vacío. Vivo al comienzo del recorrido.

Para darme valor, me repito varias veces que soy una heroína. Y en la segunda parada sigo adelante con mi plan. Arrojo mi mochila por la ventanilla y grito:

—¡Ay! ¡Se me ha caído la mochila!



Cuando salgo del autobús aprovecho para echar la sacarina en el depósito de la gasolina.

En el cine, unos bandidos empleaban este truco para hacer que un coche se averíe.

Bueno, en la película eran terrones de azúcar, pero la sacarina debería funcionar también. Mucha gente dice que es mejor que el azúcar.

5 Sofía en el gran bulevar

El autobús rueda como un buen chico por su caminito de todos los días, como si no hubiera tragado nada. Todos los niños del barrio han subido a bordo, y ni rastro de avería.

La «Sumáker» enfila ahora por el Gran Bulevar. Cada vez se aleja más y más de mi casa.

Creo que he fallado el golpe. La sacarina no ha servido para nada.

¡No importa! La próxima vez usaré terrones de azúcar.

¡Ay! Me parece que he hablado demasiado pronto. Esto empieza a moverse de tal forma, que todos nos vemos sacudidos como si fuésemos las bolas de la lotería. Y no digamos cómo bailan las espirales de tostadora de la «Sumáker».

En medio de una nube de humo, el autobús se pone a resollar y a temblar con unos escalofríos monstruosos. Parece uno de esos cacharros de los dibujos animados: ¡Boing, boing, boing! ¡PUF! ¡Chaf, chaf, chaf! Prrrr....

Una explosión final, y se acabó. Las espirales eléctricas de la «Sumáker» pegan el último brinco y desfallecen.

Yo exhalo un largo suspiro de heroína-obligada-a-pasar-a-la-acción.

Para la ocasión, tengo previsto también otro truco de película: toda la colección de frases necesarias para provocar el pánico en la muchedumbre.



Así que me precipito hacia la parte delantera del autobús al tiempo que voy aullando:

—¡Fuego! ¡Nos hundimos! ¡Caemos en picado! ¡Sálvese quien pueda! ¡Los niños primero!

La cosa funciona. ¡Hay pánico! Todos me siguen y salen del autobús atropellándose.

La «Sumáker» está clavada en su asiento, completamente estupefacta. Sus ojos nunca han sido tan grandes.

Yo aprovecho la nube de humo para escabullirme a hurtadillas.

Y ahora corro, corro, corro. Más de uno estará pensando que soy una corredora preparándose para los Juegos Olímpicos.

Mi corazón me acompaña con ritmo de batería. Tengo la boca seca y los ojos húmedos. Y la respiración averiada, como si hubiera sacarina en mis pulmones.

Me paro. Tengo la cara ardiendo y me muero de calor. Cosa lógica llevando encima dos camisetas, tres pantalones y el abrigo.

Con tantas capas debo tener el aspecto de una cebolla.

Una cebolla roja, gorda y sin aliento. Eso es lo que debo parecer. Y seguro que todo el mundo me está mirando.



Echo un vistazo a mi alrededor y... no hay nadie.

Por el gran bulevar no pasan más que coches: ¡ZUM! ¡ZUM! ¡ZUM!

Ni siquiera veo ya el autobús escolar.

Me doy cuenta de que esto no es una película. Y en mi cabeza y en mis tripas se desata realmente el pánico.

6 Sofía camina y camina

Caminar. Eso es lo único que puedo hacer.

Así que camino y camino por el Gran Bulevar. A pesar de eso, tengo la sensación de que no avanzo nada. ¡Es terrible!

Si al menos hubiera casas, podría llamar a la puerta de alguien. Podría pedirle a alguna familia que me adoptara. Creo que hay muchas parejas que están deseando adoptar un niño. Y si



me abre una abuela puedo ofrecerme como animalito de compañía. ¿He dicho abuela?

¡ABUELA!

Debería haber telefonado a mi abuela antes de preparar el plan. Todo habría sido más sencillo.

Con voz sollozante le habría dicho que me sentía muy desgraciada. Y la abuela me habría contestado:

—¿Qué maldades le están haciendo a mi pobre pequeñina? Cuéntaselo a la abuela.

¡Ah! ¡Ser otra vez una pequeñina! ¡Convertirse de nuevo en un bebé! No hay mejor remedio que ése para mis sufrimientos de Hermana Mayor y Mártir.

¡AGGG! ¡Qué idiota! Si lo hubiera pensado antes no estaría aquí ahora. Obligada a caminar horas y horas.

¡Qué digo horas! Viendo este bulevar, que se alarga y se alarga, y no parece acabar nunca, me parece que van a ser días y días...



7

Sofía está a salvo

Una botella perdida en medio del océano. Así es como me siento.

Una botella con dolor de pies y de cabeza.

Si esto es ser una heroína, no me parece divertido. Y desde luego no tiene nada que ver con las historias que se cuentan.

En las novelas y en las películas, las heroínas siempre parecen en plena forma. En cambio yo, la verdad es que estoy muy, muy, pero que muy fatigada.



Ahora entiendo la expresión «estar muerta de cansancio», porque un poco más de cansancio y estoy muerta. Seguro.

También entiendo lo de «tener el ánimo por los suelos». He tropezado varias veces y creo que ha sido con el mío.

Además, empiezo a verlo todo muy confuso. La botella perdida se está llenando de agua salada y va a hundirse en el fondo del mar.

Me resisto. Intento seguir a flote un poco más. Levanto la cabeza.

¡Justo a tiempo para llevarme un alegrón! Por encima de la aglomeración de coches y de carteles, acabo de divisar el rótulo gigante de un centro comercial. Uno al que voy a menudo con mis padres.

Es como si hubiera recibido una inyección de energía. Echo a correr. Corro y corro hacia ese auténtico salvavidas.

8 Sofía en el centro comercial

Llego al centro comercial sofocada, sin aliento y empapada por dentro como una galleta en un vaso de leche.

Me quito el abrigo y voy a sentarme en un banco, al lado de la fuente. El sonido del agua me resulta refrescante.

Reconozco el gallo que hay a la entrada del restaurante-asador; el escaparate que siempre está lleno de juguetes; y el tióvivo en el que «Cosamaslinda» y Julián dan vueltas, montados en los caballitos. Aquí me siento un poco como en casa.

Ahora me vendría bien comer un poco. Ya debe de ser tarde.

Miro la hora en mi reloj. De pronto me viene el recuerdo del reloj de la abuela y siento como un pellizco en el corazón. Son las once.

¡NADA MÁS QUE LAS ONCE!

En cualquier caso, tengo hambre. Mi madre tiene razón: hay que comer algo a media mañana. Así que abro la mochila.

¡CRUNCH! ¡CRUNCH!

Lo primero que tengo a mano es la bolsa de patatas fritas. Me las zampo como una verdadera tragona.

A fin de cuentas, esta no es aún la hora de la comida, que es cuando hay que practicar una buena alimentación. Y además, si una va a seguir siendo sensata y cumplidora, entonces no merece la pena irse de casa.

De modo que, de postre, voy a echarle mano a las galletas de chocolate. Aquí están. No ha sido difícil.

¡ÑAM! ¡ÑAM! ¡Están buenas! Y me siento mucho más animada.

Me parece que voy a ir a la tienda de juguetes. Hay que aprovechar que mis padres no están aquí.

¡Es formidable! Soy libre para poder tocarlo todo. Las cajas de juegos, los libros, los coches y, sobre todo, los muñecos de los personajes de cómics. Están todos: Tintín y Milú, los Pitufos, Snoopy y... Obélix.

Siento otro pellizco en el corazón porque ahora pienso en mi Obélix. Vaya, mi placer se ha oscurecido un poco.

Además, la dependienta me está vigilando. Por su gesto, parece como si encontrara raro ver a un niño en una tienda de juguetes.



¡Lo que hay que ver! Me parece increíble, pero lo mejor es que me vaya.

Salgo, pues, de la tienda a toda pastilla.

¡La dependienta sale detrás de mí!
¡Me habrá tomado por una ladrona!

Me escapo por piernas, con el corazón latiéndome a todo ritmo. Decido parar cuando estoy bastante lejos, delante de un escaparate lleno de televisores encendidos.

Estoy tan nerviosa, que ni siquiera veo las imágenes. Seguro que la policía va a llegar de un momento a otro, y me van a meter en la cárcel, con los auténticos bandidos.

Tendría de irme de aquí, pero soy incapaz de moverme, como si tuviera los pies metidos en un bloque de hielo.

A mi alrededor cada vez hay más gente. Parecen millares de hormigas. Comienzo a sentirme aturdida. No conozco a nadie.



Ya no me siento como si estuviera en casa.

En mi casa también hay mucha gente, cierto, pero al menos los conozco a todos.

Voy a mirar la hora en mi reloj, antes de que tenga los ojos completamente húmedos. Son las seis de la tarde.

¡LAS SEIS DE LA TARDE!

¡Es imposible! ¡Es... Es... ESPANTOSO!

9 **Sofía atraviesa el bosquecillo**

Me lanzo hacia la salida como una loca. Afuera ya es de noche.

Casi voy volando por el bulevar. Cruzo una calle con el semáforo en rojo. Un coche me pasa rozando y hace sonar el claxon.

Dos semáforos más y llego al bosquecillo. Para volver a casa tengo que atravesarlo.

La calle es ahora más estrecha. Y todo está mucho más oscuro. El silencio



50

cae sobre mí como si fuera un gran manto que no me deja respirar.

De pronto, un hombre surge de la oscuridad con un perro enorme.

«Nunca hables con desconocidos», me tiene dicho mi madre.

Los he dejado atrás. Pero no... Oigo pasos detrás de mí. Son ellos. Me persiguen, estoy segura.

Por encima de mí se cierne una pata gigantesca con largas garras afiladas.

¡UF! Era la sombra de un árbol.



51

Este bosque no se acaba nunca. Cuando vas en coche parece muy pequeño. ¡Pero a pie es una verdadera selva!

Empiezo a tener náuseas. Y a pesar de mis capas de ropa, estoy tiritando. Tiemblo de puro miiiiieeedo. No puedo más:

—¡SOCORRO! ¡MAMÁ! ¡PAPÁ!
ABUELAAAAA...

10 **Sofía está sorprendida**

¡**S**OCORRO! ESTOY... ¡¡¡Estoy en mi cama!!! ¡Eh! ¡Estoy en mi cama!

Estaba soñando. Todo esto no era más que un sueño.

¡FIU!

La prueba de que estoy en mi habitación es que puedo ver a Obélix, con su panza luminosa. En cuanto a mi mochila, está como siempre, delgadísima.

Además, por ahí viene Luis. Así que... estoy en casa. Estoy tan contenta que hasta me entran ganas de besarlo.



¡MUAC! ¡MUAC!

Dos buenos besazos. Le he dado dos besazos de campeonato.

Luis no sale de su sorpresa. ¿Sabéis lo que ha hecho? Ha salido huyendo y se ha lanzado escaleras abajo gritando:

—¡Mamá, Sofía está enferma!

La verdad es que tiene razón. Hoy voy a estar enferma. Me parece que empiezo a marearme. Después de una pesadilla llena de acción como la que he tenido, creo que merezco un buen descanso.

A pesar de todo ha sido estupendo. ¿No os parece? Todo esto me ha dado que pensar.

Y pienso que voy a esperar un poco antes de irme de casa. Algunos años quizá.

Y es que ser una heroína solitaria es demasiado complicado. Más complicado aún que ser la hermana mayor, que ya es decir.

Glosario

Aquí tienes algunas de las nuevas palabras que has podido aprender. Lee su significado para comprobar si conseguiste averiguarlo.

A hurtadillas: a escondidas.

A toda pastilla: a la carrera.

Cargante: alguien que te cansa o te resulta molesto por su modo de ser.

Chiringuito: quiosco, merendero o puesto de bebidas al aire libre.

Claxon: bocina de un vehículo.

Dependiente: empleada de una tienda comercial.

Escaparate: vitrina.

Estar harto: que ya has tenido bastante. Que ya has comido mucho. Que ya lo has oído mil veces. Que no quieres más de lo que sea.

Estupefacto: atónito, pasmado. Quedarse tan asombrado por algo que no se puede reaccionar.

Mártir: es una persona que sufre mucho, incluso que está dispuesta a dar la vida por defender sus creencias o alguna causa.

Náuseas: ganas de vomitar. También se usa para explicar la repugnancia que sentimos hacia algo.

Pasas: uvas secas y dulces.

Peñazo: una persona sumamente pesada o aburrida.

Resollar: respirar fuertemente, haciendo ruidos.

Este verbo se aplica a personas o animales (aunque Sofia lo diga del autobús).

Rótulo: cartel que se fija en lugares públicos para hacer publicidad o propaganda.

Sumáker: Michael Schumacher, campeón de Fórmula 1.

ÍNDICE

Capítulo 1: <i>Sofia está harta</i>	7
Capítulo 2: <i>Sofia se queda despierta</i>	13
Capítulo 3: <i>Sofia reúne sus provisiones</i>	18
Capítulo 4: <i>Sofia está rabiosa</i>	24
Capítulo 5: <i>Sofia en el gran bulevar</i>	29
Capítulo 6: <i>Sofia camina y camina</i>	35
Capítulo 7: <i>Sofia está a salvo</i>	39
Capítulo 8: <i>Sofia en el centro comercial</i>	42
Capítulo 9: <i>Sofia atraviesa el bosquecillo</i>	49
Capítulo 10: <i>Sofia está sorprendida</i>	53
Glosario	57

A partir
de **8**
Años

la buena letra

¡Sofía, basta ya!

LOUISE LEBLANC

Sofía no puede seguir viviendo con cinco personas en su casa: dos padres y otros tres niños. Sobre todo, porque ella es "la sensata hermana mayor" que debe dar ejemplo a los demás. Y no paran de repetirle en casa: ¡Sofía, basta ya!

Hasta que un día es Sofía la que dice ¡basta ya!, y comienza su gran aventura y su sueño de libertad. Pero, ¿durará mucho su sueño...?

Una historia para aquellos que sueñan con la libertad y, sobre todo, con la aventura.



www.editorialmarenostrum.cl

